Núm. 36 DOMINGO 8 DE DICIEMBRE DE 1839. 6 ctos.

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la calle del Príncipe, número 15 cto. segundo de la izquied.

La Esperanza,

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente de las covachuelas, en la estamp. de Valle, calle de Carretas.

PERIODICO LITERARIO.

UNA HECHICERA.

NOVELA

POR

DON JOSE BERMUDEZ DE CASTRO.

(*Continuacion.*)

CAPITULO III.

LA CIUDAD.

No puedo esplicar la admiracion que me causó, ni la mas mínima parte de lo que sentí cuando entré en un pueblo tan grande como cuarenta pueblos mios, y al ver una iglesia como cuarenta veces la de mi pueblo. Yo habia oido hablar muchas veces de Sevilla, pero nunca, ni aun en medio de mis mas disparatadas ilusiones, y de los estravagantes pensamientos con que me recreaba antes de dormirme, me habia llegado á formar una idea que se aproximase remotamente de la verdad, y la primera impresion me fue tan nueva como la de un cafre ó un otentote.

La gente era tan distinta de las que habia visto hasta entonces, y las mugeres tan amables, graciosas y lucidas, que se me representaban las vírgenes de los retablos de la iglesia de mi pueblo, tan blancas eran, y de tal modo tenian el aire modesto y virginal.

Lo que mas me encantó fueron sus continuas sonrisas, sus miradas tímidas y suplicantes, y la cortesia, amabilidad y prevenciones de las que yo era objeto. No digo nada de los ofrecimientos de los hombres, que ponian á mi disposicion sus fortunas, casas é hijos con tanta franqueza como si todo ello me perteneciese. Aquello era para mi un mundo nuevo del cual no tenia idea y que no habia podido imaginar en mis ilusiones del paraiso terrenal ó de la edad de oro. Supe despues que aquellas prevenciones y aquellos ofrecimientos no eran completamente para mí, sino á mi mayorazgo de 8,000 ducados, á mi titulo de conde, á «*de estado soltero*» que vieron en mi pasaporte, ó mi juventud y hasta á mi inocencia lugareña. Pero como en aquel momento nada sabia de esto, ni aun lo sospechaba, me agradaron tanto mis nuevas amistades que resolví fijarme en Sevilla, mucho mas cuando el cuidado y administracion de mi caudal me forzaban en cierto modo á ello para evitar el robo de los administradores

y cuidar mas de cerca de mis nuevos bienes. Advertencia que debí, despues de mi buen juicio, á los consejos de una señora, madre de tres hijas muy guapas y amables que me querian mucho y tomaban un grande interes por mis asuntos.

No dejó de tener algunas desazones en medio de mi fortuna inesperada, porque mi inmediato me disputó la herencia pretendiendo que, como nieto del armero de mi pueblo, no tenia derecho á un vínculo cuya fundacion exigia una nobleza acrisolada. Llegó á ponerse mi pleito en tan mal estado que yo mismo llegué á creer que el título y renta pasarian á mi primo, y muchos de los amigos que me acompañaban de continuo, se pusieron de su parte al ver el mal estado del negocio. Fue sin embargo, de las amigas mas fieles para mí Doña Mónica Gutierrez, la que tenia tres hijas y de quien he hablado hace poco. Yo di gracias á Dios en medio de tantos golpes, porque aquellos desengaños me abrieron los ojos y me hicieron conocer algun tanto el mundo y la sociedad en que entraba.

Unas primas de doña Mónica, y no feas muchachas, defendian los derechos de mi contrario y hasta su misma persona que comparaban con la mia, con bastante detrimento de mi parte; todo lo cual me contaba doña Mónica y sus hijas, con una minuciosidad y fidelidad de detallos, que me desgarraban el alma, al par que me llenaba de gozo el ver como defendian mis intereses y el calor con que tomaban mi partido.

No fue poco el despecho de los amigos desertores y de las primas de las Gutierrez, cuando al creer mi pleito perdido, presenté yo la egecutoria ahumada, de mi abuelo *D. Andres Perez-Lopez-Perez-Campos* descendiente de la tercera rama de un bastardo de los primeros reyes de España; y como los señores del consejo vieron todos los papeles perfectamente en regla y encontraron que el oficio de armero no envilecia, y antes bien era arte noble y liberal, me pusieron en posesion de mis bienes y título de Conde.

Otras desazones mas triviales, pero no menos causticas, me atormentaban de cuando en cuando: eran estas ciertos desengaños de mundo, ciertas respuestas picantes de sociedad á que yo daba lugar y que tenia que devorar en silencio y con disimulo á pesar de mi carácter arrojado porque se deslizaban de modo que me era imposible hacer presa en ellas aunque me llegaban al alma. Ciertas risas que las muchachas ocultaban con el abanico y que yo conocia muy bien que eran escitadas por mi entrada en la sa. Ciertas faltas veniales de sociedad, hijas de mi poco uso y que me ponian en ridículo. La envidia de ciertos movimientos airosos y elegantes que yo veia y no podia imitar: de ciertas galanterias ligeras, vivas, que no se me ocurrian por mas que lo intentaba, y el conocimiento de mis maneras atadas encogidas, efecto de mi miedo, de mi educacion y que yo conocia perfectamente, no poder hacer otra cosa. En una palabra, yo me veia apartado, fuera del círculo mágico de aquella sociedad que frecuentaba, yo la conocia bastante para entender su idioma, pero no para hablarlo; y hubiera dado mi fortuna por ser un elegante de los que veia diariamente, y que se burlaban de mi con una política y una gracia tal, que hubiera sido imposible enfadarme sin pasar por ganso, ridículo y lugareño, tres cosas que temia mas que á la muerte.

CAPITULO IV.

MI VECINA LA HECHICERA.

Si las mas amistosas prevenciones hubieran podido curar aquellas llagas, no hubiera tenido por qué quejarme. De las personas que mas atentas y amables se mostraron conmigo, fue una cierta señora, cuyos balcones daban casi enfrente de los mios: me habia enviado desde mi llegada, un ofrecimiento muy amable de su casa; pero mi amiga doña Mónica me habia dado noticias de ella, y estaba prevenido contra sus atenciones.

Su figura y presencia no eran tampoco para inspirarme dudas ni tranquilizarme. Yo habia, como he dicho, conocido muchas hechiceras y brujas en mi pueblo, para dejar de conocer desde la primer mirada, que era aquella una, y una de las mas temibles y hábiles de las que tienen por maestro el enemigo del género humano. No era preciso tampoco gran perspicacia para conocerlo. Su tez verdinegra, sus cincuenta y cinco años, sus dientes largos, descarnados y salientes, y su cara y su persona toda inspiraban horror y la hacian parecer el mas horroroso mónstruo que se puede ver en una pesadilla, despues del vino de una cena; tenia ademas la señal indefectible, el sello infalible de bruja y hechicera: un ojo mas chico y mas bajo que el otro; señal que nunca me ha engañado en mis antiguas y laboriosas observaciones en la materia.

En cualquier otro tiempo me hubiera guardado de vivir tan cerca de un ente de esta especie y hubiera huido al otro estremo del pueblo, porque quien busca el peligro perece en él. Pero poseia yo entonces una reliquia que me ponia á cubierto de toda clase de maleficio, y de cuya virtud estaba yo íntimamente persuadido. Asi fue, que aunque con algun miedo, me servia de diversion el observar su trabajo para atraerme y verla usar de sus encantos, unas veces con adulaciones y sonrisas y otras con seriedad y enfado. Yo me reia con desprecio de sus artes y me envanecia al considerar cuan desesperada debia de estar por ver el mal éxito de sus hechizos.

En esta situacion me hallaba despues de haber tomado posesion de mi caudal, cuando los infinitos parientes que habian reñido con mi padre despues de su casamiento y que no se habian acordado de nosotros en tantos años, quisieron hacer las paces y me escribieron las cartas mas humildes y cariñosas dándome quejas por lo que llamaban mi olvido. Yo contesté muy amablemente à ellas y al momento empezaron á venir primos segundos, terceros y octavos, que pasaban por Sevilla, ó que venian á la Andalucía para negocios judiciales. Yo soy incapaz de reñir con nadie desde el momento en que se me humillan, y me cuesta mucho trabajo enfadarme para guardar rencor de ninguna especie por vagatelas, dar quejas ó poner mala cara. Asi eran siempre bien recibidos, es decir, sin cariño ni despego, encontraban un cuarto en casa y la mesa puesta; ellos se daban por contentos con aquello y se iban como habian venido, sin haber recibido el menor ofrecimiento mio, lo que no impedia que volviesen á verme en el momento en que tenian necesidad de volver á Sevilla.

Entre mis muchos primos, habia uno cuyo padre fue el único que quedó bien con el mio cuando los demas riñeron. En aquella sazon estaba en Madrid pretendiendo: habia estudiado leyes y se habia

graduado: él fue el primero que me escribió la enhorabuena por la herencia y yo le correspondí con una carta de ofrecimientos; me contestó con otra muy cordial, hablando largamente de los atrasos de la familia, de los trabajos con que habia seguido su carrera, de las pocas esperanzas que tenia de obtener un empleo en aquel momento y sus cortos medios de mantenerse con decencia hasta tanto.

Tomé informes del tal primo, y supe que era muy buen muchacho, arreglado y aun tal vez algo cicatero y aficionado á guardar, pero al mismo tiempo muy elegante en su persona y dado al trato de la mas esquisita sociedad; y aunque saqué de aquí que habia ponderacion en sus atrasos, no titubeé en proponerle que viniera á mi lado; muy contento yo, de tener un méntor, un guia que me dirigiese por el laberinto de aquella sociedad que yo conocia tan imperfectamente.

No se hizo él de rogar, y quince dias despues de mi carta, me le vi entrar por la puerta, acicalado, con un elegante vestido de camino—un completo currutaco.

CAPITULO V.

MI PRIMO.

Era amable, alegre, chistoso, fino y de elegantes maneras; pero mas cicatero de lo que yo habia creido y poseyendo al mas alto grado la habilidad de dejarse convidar y obsequiar sin quedar por petardista ni parásito: y aunque yo conocí pronto este defecto de carácter, daba por muy bien empleado el dinero que me costaba, en cambio de proporcionarme un compañero tan amable y tan al cabo de los usos de la sociedad que yo frecuentaba. Aquel mútuo cambio de servicios que nos hacia necesario el uno al otro, hizo tambien que mútuamente nos cobrásemos cariño y fuéramos inseparables.

Estábamos en el balcon una tarde despues de comer, cuando asomó al suyo la vieja hechicera vecina nuestra. Y yo algo adentro á la sazon cuando mi primo me llamó de prisa.

—Ven, acércate y veràs la fantasma mas estravagante que se encuentra en todas las fantasmagorias del universo.

Y me señaló nuestra vecina.

—Pues ten cuenta con lo que hablas de ella: le dije yo entre asustado y risueño.

—Ola! La enamoras tú? Pues no he visto monstruo mas feo en todo el gabinete de historia natural.

—No te chancees, le dije; puede escucharte y lo pasarás mal. Bajé la voz en seguida, y le seguí enterando con misterio de las cualidades de nuestra vecina, de su vida, de su posicion, todo lo que sabia: acabando por decirle sin rodeos—Que era hechicera.

—Bahh! dijo él.

—No lo tomes á broma, volví á decirle con la serenidad que el caso requeria; me consta y sé positivamente—que tiene pacto con el demonio.

—Con el demonio? tú te chanceas, primo;—tú has vuelto á vivir al siglo de nuestro abuelo...!

—Riéte en buen hora, contesté yo enfadado, pero no te pongas á tiro si no quieres perder la felicidad temporal y eterna.—Yo te lo aconsejo como cristiano y pariente.

—Y yo agradezco como cristiano y pariente tu buen consejo, primo mio; pero lo que me has contado de esa señora ha cabado de escitar me curiosidad; ciertas

LA ESPERANZA.

MIGUEL ANGELO.

todo, que tú comprenderás facilmente, me hacen desear visitarla.

—Ya te guardarás! dije yo, no lo permitiré mientras viva!

—Bueno seria eso, respetabilísimo pariente, dijo con una carcajada; deje V. que me pierda y me condene, si tal es mi deseo.

Y cuando yo iba á responder enfadado, con una amabilidad indecible, me puso la mano sobre el hombro, y me dijo:

—En una palabra, Pedro, yo no he creido nunca en hechiceras; me alegro haber encontrado una que reuna las cualidades que me has dicho, y quiero ver de cerca qué especie de muger es una bruja, y hacer la prueba de hechizarla á ella, ó ver cómo me hechiza á *mí*. En fin, estoy decidido; dijo sonriendo.

—Pues siendo asi, nada tengo que decirte, he cumplido con prevenirtelo y hacer lo posible para impedirlo: haz lo que gustes, visítala si tal es tu deseo; pero no dejaré de repetirte constantemente que buscas tu desgracia y la perdicion de tu alma.—Créeme, yo lo sé mejor que tú; yo entiendo esas materias, vas á ser infeliz, y cuando no tenga remedio....

—Bueno, primo, yo te agradezco tus consejos, pero quiero serlo.

—Dios te ampare! respondí yo, y me retiré en el momento en que él saludaba muy amablemente á la vieja hechicera, la cual correspondió á su saludo con una amable sonrisa, ó mas bien con una figura horrorosa.

Aquella sonrisa fue el sello del contrato infernal; le habia ligado cuerpo y alma con la vieja hechicera; le hizo su presa y le cargó de un anatema: pronto veremos cuál fue el resultado.

(*Se continuará*)

MIGUEL ANGELO.

Miguel Angelo Boanarrotti, cuyo nombre ocupa un lugar tan distinguido en la historia de las artes modernas, nació en Chinsi, territorio de Arezzo, y era descendiente de la ilustre familia de los condes de Canossa. Fue uno de aquellos favoritos de la naturaleza, que se complace combinar en una sola persona las escelencias que distinguen varios hombres grandes, pues era á la vez eminente en la pintura, escultura, arquitectura, poesia y otros varios dotes. Desde su mas tierna juventud dió indicios de una habilidad, como artista, la mas prodijiosa: y aunque el orgullo de sus padres no podia tolerar la idea de educar al jóven Miguel como pintor, consintieron al fin en ponerle bajo la instruccion de los hermanos Ghirlandas reputados entonces por los mas célebres pintores de aquel siglo, los que en menos de dos años tuvieron la sinceridad de confesar que el discípulo era ya superior á sus maestros. En efecto, Miguel se quedó sin maestro á la edad de 15 años, no habiendo ni maestro ni obras que pudieran enseñarle mas de lo que ya era capaz de ejecutar él mismo: y asi se entregó á los impulsos de su jenio, siendo esta circunstancia la causa de la orijinalidad que constituyó el carácter de sus obras. Lorenzo de Medicis, llamado el Magnífico, concibió la idea de formar una escuela de escultores en Florencia, y Miguel siendo uno de los nombrados, se hizo en breve admirar en la escultura; pero disuelta la Academia por la muerte de su protector Lorenzo, Miguel quedó sin ocupacion, por no

haber mucho gusto para las artes en aquel tiempo, hasta que el prior de la iglesia del Espíritu Santo le encargó hacer un crucifijo, dándole aposentos en el convento y facilitándole cadáveres humanos para estudiar la anatomía, casi ignorada en aquel siglo; aqui fue donde el jóven artista adquirió aquel profundo conocimiento en la mitologia que le elevó à ser el príncipe de los delineadores. El papa Julio II le llamó á Roma y le encargó hacer su monumento como escultor y las pinturas de la capilla Sistina, obras que han sido declaradas como prodijio del arte por la sublimidad del jenio de Miguel Angelo. Empleado despues por los papas Leon X, Adriano VI, y Clemente VII, hizo sucesivamente los célebres cuadros del Juicio final, la conversion de san Pablo, la crucifixion de san Pedro; las célebres estatuas de Moyses, de Baco, la colosal de David, cuya proporcion es tal que el hombre mas alto apenas llega á sus rodillas; y otras muchas que han sido universalmente admiradas. Por la muerte de Bramante, Miguel Angelo fue escojido para continuar la fábrica de la Basílica de san Pedro, corrijiendo el plan orijinal y reduciendo à orígen la confusion ocasionados por la variedad de planes adoptados antes. Su estilo de arquitectura era distinguido por la grandeza y atrevimiento de sus concepciones, y en sus ornamentos brilla la pureza característica de su imajinacion. Sus poemas, escritos en sus horas de ociosidad, muestran igualmente la grandeza de su jenio. Asi pasó la vida este célebre artista, sobresaliendo en cuanto emprendia; hasta que agoviado por una edad muy avanzada, y sintiendo su próxima disolucion, à la que le conducia una fiebre lenta, llamó á su sobrino Leonardo y le dictó su testamento, reducido á estas palabras—"Yo dejo mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, y mis bienes á mis parientes mas cercanos"— entregando poco despues su espíritu à su criador, el 10 de Febrero de 1564, à la edad de 90 años.

LA CEBRA.

Entre todos los animales cuadrúpedos, la Cebra es quizás el mas bien formado, y cuyo vestido es mas vistoso. Tiene la figura y las gracias del caballo, la lijereza del ciervo, y la piel rayada de listas negras y blancas, dispuestas alternativamente con tanta regularidad y simetría que parece haber empleado la naturaleza la regla y el compás para pintarla. En la hembra estas listas son alternativamente negras y blancas, y en el macho negras y amarillas, pero siempre de una graduacion ó de un color vivo y brillante sobre un pelo corto, suave y poblado, cuyo lustre aumenta la belleza de los colores. La Cebra es por lo comun mas pequeña que el caballo y mayor que el asno, y sin embargo de haberla comparado frecuentemente con estos dos animales, habiéndola dado los nombres de *caballo silvestre*, ó de *asno rayado*, no es copia de uno ni de otro.

La Cebra no es pues caballo ni asno, ni hay noticia que se mezcle con uno ni con otro, sino de su especie propia.

Este hermoso animal se cria en las partes mas orientales y en las mas meridio-

LA ESPERANZA.

La Cebra.

nales de Africa, desde Etiopia hasta el cabo de Buena-esperanza; y desde alli hasta Congo. Casi todos los que hemos visto en Europa han sido traidos del cabo de Buena-esperanza, siendo aquella punta de Africa su verdadero clima y pais natal, donde los hay en gran cantidad, y donde los holandeses han hecho los mayores esfuerzos para domarlos y domesticarlos, sin haberlo conseguido enteramente. Tiene la boca muy dura y tan sensibles las orejas, que dispara coces cuando quieren tocárselas: espantadiza como un caballo, vicioso y tenaz como un mulo; pero hay apariencias de que si se acostumbrase á la Cebra desde su primera edad á la domesticidad y obediencia, se haria tan dócil como el caballo y el asno y podria servir para ambos

---

A pesar de que la índole de nuestro periódico es enteramente agena á la política, damos cabida á la siguiente composicion, por ser obra de una señorita y por el escrito literario que encierra.

A LOS ESPAÑOLES,

Españoles, ¡salud!—Ya la concordia
Dejando su alto asiento allá en el cielo,
Piadosa baja á remediar los males
Que cubrieron de luto vuestro suelo.
Ved en el Norte las contrarias huestes
Que en el fraternal abrazo se confunden.
El mundo absorto los contempla, y grita:
"Venid, pueblos, mirad á los hispanos:
"No son ya fratricidas,—son hermanos."
Y "¡hermanos!" repitiendo
Todo buen español, ansioso clama
Por olvidar agravios y rencores,
Y la huella sangrienta que han dejado
Cubrir de olivo y de fragantes flores.
Marchad sobre ellas al escelso trono
De la tierna ISABEL y de CRISTINA:
Deponed á sus plantas los aceros;
Y españoles de todos los partidos
Juren allí no volverán á alzarlos,
Si no son por estraños invadidos.
La augusta Niña por su Madre en tanto
Sabrá su alto destino; y que su gloria,
Si REINA sabe ser de un pueblo libre,
Será inmortal como su ilustre historia.

De su lado volved pues anhelantes
A estrechar contra el seno fatigado
El blando seno de la dulce esposa;
Y si el hogar hallareis derrumbado
Levantadlo de nuevo, imaginando
Que le hirió el rayo en tempestad furiosa,
De los labios del padre oigan los hijos
Que si la Patria en afliccion se viere,
A defender corran, despreciando
El crudo golpe con que el bronce hiere.
Mas al llamarles á la fuerte lucha,
"*Union* y *Libertad*» el grito sea,
Y en el triunfante pabellon de España,
"*Union y Libertad*» tambien se lea.

J. R. de P.

CRONICA

GALERIA PINTORESCA ESPAÑOLA.

Esta publicacion continúa su marcha periódica con mejoras palpables. La entrega 12, cuya estampa representa á *D. Juan de Austria* hijo natural de Felipe IV, derrotando á los franceses cerca de Gerona, es de un dibujo correcto y está prolijamente litografiada. Y la de la entrega 13, repartida á los suscritores á esta publicacion la semana pasada, cuyo asunto es: *La muerte del Rey San Fernando, acaecida en Sevilla en* 1252, escede á la primera en entonacion y esmerado dibujo.

Se suscribe á 4 rs. cada entrega en Madrid, en las librerías de Cuesta, y en la de Matute, calle Carretas; en las provincias en los puntos de suscricion á la *Esperanza*.

TEATRO DEL PRINCIPE. La semana pasada se ejecutó en este teatro la comedia en cuatro actos y en verso titulada: UNA VIEJA, original de D. Manuel Breton de los Herreros. Esta produccion, como todas las de su autor, está sembrada de chistes y adornada con una versificacion fácil y fluida, pero carece enteramente de interes y de argumento, defectos de que adolecen las obras del Sr. Breton. Tambien es muy notable la ninguna idea que manifiesta tener este poeta de las costumbres de la buena sociedad, pues los improperios y groseros insultos que continuamente dirije la viuda á la protagonista de la comedia, son chocarreros, de mal tono y por consiguiente agenos de una persona de mediana educacion. Sensible es en verdad que el Sr. Breton no medite mejor los planes de sus comedias, para darles mas interes, y estudie las costumbres de nuestra sociedad, para no incurrir en defectos, imperdonables en un escritor de tanta nota.

LA HUERFANA MUDA, comedia traducida del frances, representada posteriormente en el mismo teatro, es enteramente lo contrario á lo que nos decia la nota del cartel. Ni el diálogo es ligero y fácil, ni cómicas sus situaciones, ni imprevisto y verosimil el desenlace, porque desde las primeras escenas se prevee cual ha de ser, y en cuanto á situaciones cómicas; la única que hay en toda la comedia es la última, que aunque muy in verosimil, fue la que libró á la pieza de un seguro naufragio. Verdad es que el traductor recurre á la limosna de aplausos, pedida por medio de unos versitos, pero quizá no hubiera bastado esta estratagema á no haber tenido el público presente lo perfectamente que la señora Teodora Lamadrid desempeñó su papel.

LICEO ARTISTICO Y LITERARIO. El jueves próximo pasado se verificó, segun teniamos anunciado, la representacion del drama original, y en verso de D. Antonio Gil y Zarate, titulado: *La Rosmunda*. El buen éxito que tuvo esta nueva prueba del talento y erudicion del Sr. Gil y Zarate justifica suficientemente la reputacion que como autor dramático ha sabido adquirir, sin que por esto consideremos *La Rosmunda* como su obra maestra. Tiene sin embargo una versificacion rica, armoniosa, facil y profusamente sembrada de pensamientos sublimes que estasian la atencion del espectador. Parécenos el carácter de la protagonista algo indeterminado y oscuro, a pesar de que esta calificacion está fundada en cualidades inherentes al bello sexo: en la veleidad y la inconstancia, que son los sentimientos que mas dominan en Rosmunda. El caracter de la reina, aunque vengativo, debia interesar mas, pues el odio que tiene á su rival no procede de otro sentimiento que de los celos, y á pesar de que el verdadero criminal es solo el rey, no inspira aquella la compasion é interés que por su situacion debiera. El desenlace es del todo imprevisto, pues cuando el espectador aguarda una catástrofe al final, se halla con un himeneo, que moraliza por decirlo asi, todo el asunto del drama.

Las decoraciones pintadas por el artista D. Genaro Perez de Villaamil, son superiores á todo elogio. La sensacion que causó la primera al descorrerse la cortina, fue verdaderamente magica. Un momento estuvo fija la atencion contemplando el maravilloso efecto de aquel salon régio, hasta que prorrumpiendo la concurrencia en un general y entusiasta aplauso, recibió el talento del Sr. Villaamil un premio, sino suficiente á recompensar su habilidad, al menos satisfactorio y halagueño para un joven en quien estan fundadas tantas esperanzas.

Concluiremos estas breves líneas suplicando á quien competa, la mas estricta observancia y cuidado en no permitir la entrada en el Liceo á personas que no pertenecen á él; pues de este abuso resulta que, los que tienen un derecho legitimo á disfrutar de las comodidades, que son compatibles en tan brillante reunion, se ven obligados á permanecer de pies, mientras que sus asientos se hallan ocupados por personas, cuya estancia en el Liceo es fraudulenta.

Madrid, Imprenta de la Compañia Tipográfica.